



JAVIER AGUILAR

Tras irse de Iraq

QUIZÁ HA LLEGADO el momento de convocar una conferencia de paz en la que estén las diversas fracciones y las potencias extranjeras

HABRÁ DE PERMANECER aún una fuerza militar en el interior o el exterior de Iraq, no sólo en calidad de árbitro, sino como factor disuasorio

WALTER LAQUEUR - 03:46 horas - 22/04/2004

El presidente Bush ha deplorado la decisión española de retirar sus tropas de Iraq, como lo ha hecho John Kerry, su contrincante demócrata. En realidad no temen que ello comporte un debilitamiento determinante de la presencia norteamericana en Iraq, ni tampoco que sean numerosos los países que adopten la misma decisión que ha adoptado España. Se comprende perfectamente que si una mayoría de la ciudadanía se opone a una acción militar, un gobierno democrático ha de respetar sus deseos. Una situación similar se produjo en los años setenta del siglo XX, cuando varios países miembros de la OTAN rechazaron prestar su total colaboración al razonar que

había pasado el peligro de un ataque. Sin embargo, en Washington se constata actualmente una gran preocupación ante la eventualidad de que la retirada de las tropas de Iraq –por los motivos que sea– refuerce el convencimiento terrorista de haber ganado una gran victoria y de que este factor desemboque en un número mucho mayor de atentados. A estas alturas se tiene plena conciencia de esta problemática y sólo el futuro podrá decir si estos temores están justificados.

Pero, tarde o temprano, todas las tropas extranjeras abandonarán Iraq. ¿Qué sucederá entonces? El autor de estas líneas se cuenta entre quienes habían advertido contra una presencia norteamericana, por el tiempo que fuere. Demasiadas nociones y expectativas ilusorias se enseñorearon de las mentes de Washington a propósito del futuro de la democracia en Iraq. Estados Unidos tenía recursos para echar a Saddam Hussein (y muy pocos se atreven a sugerir que debería restituirse al frente de los destinos de Iraq), pero no así para imponer la libertad y la democracia. Existía –y existe– un elevado nivel de agresividad y violencia en Iraq, y no existe razón alguna para creer que una transición a un nuevo sistema político vaya a tener lugar sin derramamiento de sangre.

Las lecciones que han podido extraerse desde la Segunda Guerra Mundial están claras: ¿en qué país de naturaleza multiétnica se ha registrado una transición pacífica? No ha sido así en India o en Sri Lanka, ni en Nigeria o en los demás países de África occidental, ni en

Yugoslavia o Congo, ni en Líbano o Filipinas. Tal vez cabría pensar en sólo un par de países que han presenciado una transición pacífica; pero, a este respecto, y a diferencia de Checoslovaquia, Iraq no está en Europa. El país centroeuropeo se dividió sin que se vertiera sangre. Y cabe recordar que tampoco había un Nelson Mandela en Iraq como en Sudáfrica.

En otras palabras, parece casi inevitable que se produzca en Iraq una lucha por el poder entre los diversos grupos y comunidades étnicas y religiosas. Cabe la posibilidad, naturalmente, de que los actos de violencia recientes en Iraq hayan aglutinado a suníes y chiitas contra el enemigo común, esto es, Estados Unidos. Sin embargo, una alianza de tales características, en el mejor de los casos, será temporal. Tarde o temprano las diversas fracciones en el seno de la sociedad se enfrentarán entre sí.

¿Cómo impedirlo? En Washington ha cundido un gran temor ante la eventualidad de que sobrevengan –por diversas razones– el caos y la guerra civil. Quienes en primer lugar mostraron su oposición a la guerra considerarán que este estado de cosas justifica aún en mayor medida su postura contraria: ir a la guerra constituía un error ya en un primer momento. En segundo lugar, acechará el peligro de la intervención de potencias extranjeras, como por ejemplo Turquía o Irán, y, en consecuencia, existirá el riesgo de un conflicto mayor. No obstante, tal temor parece exagerado, dado que a Estados Unidos y las restantes potencias no les resultaría demasiado difícil disuadir de tal intervención extranjera.

Sería demasiado cínico atreverse a proferir: “¡Denle una oportunidad al caos!”. Pero ¿qué otra oportunidad se vislumbra en la actualidad? Como dijo en una ocasión un antiguo secretario de Estado estadounidense (y antiguo embajador en Yugoslavia), si hierve un ansia desesperada en el seno de uno de dos grupos enfrentados, dispuesto a matar a los miembros del segundo, resulta casi imposible impedirles que lo hagan. Un genocidio como los que se producen en África puede impedirse, sin embargo, una guerra civil es harina de otro costal.

Estados Unidos podría enviar más tropas y pacificar el país mediante el uso de métodos más expeditivos y violentos que hasta ahora, liquidando a las facciones asesinas de suníes y chiitas que quieren imponer su férula. Pero existe demasiada oposición contra una iniciativa de tal naturaleza en el mundo y también en el interior de Estados Unidos. Además, en el mejor de los casos sería una solución temporal, pues Estados Unidos no se quedará para siempre... ¿Pedir a las Naciones Unidas que se hagan cargo de la situación? Incluso en el caso de que se alcanzara un acuerdo en tal sentido, ¿quién aportaría las tropas, quién las pagaría? ¿No pondrían pies en polvorosa otra vez al empezar a caer las primeras bombas, como sucedió la última vez? ¿O qué tal enviar unidades de fuerzas armadas de países árabes? Puede que sea una idea acertada, pero no serían lo suficientemente fuertes para salvaguardar la paz y además volvería a suscitarse la cuestión del pago de tal operación. Además, probablemente empezarían a reñir entre sí. En una palabra, parece que no podrá haber solución pacífica hasta que las distintas facciones se vean debilitadas y hayan reconocido la esterilidad del conflicto bélico; incluso las guerras civiles no duran eternamente.

No existe la certeza de que al término de una guerra civil vaya a verse preservada la unidad de Iraq. Iraq no era un Estado independiente hasta que los británicos lo “unieron” de forma un tanto artificial después de la Primera Guerra Mundial. Puede romperse y disgregarse, pero también es posible que kurdos y turcomanos, suníes y chiitas quieran permanecer unidos en el marco de un Estado en caso de obtener un grado notable de autonomía.

Tal vez ha llegado el momento de convocar una conferencia de paz sobre Iraq en la que las diversas fracciones y también las potencias extranjeras estén representadas. Podría darse el caso de que las sesiones de esta conferencia se prolongaran muchos años, como la conferencia de paz en Europa en el siglo XVII, después de la guerra de los Treinta Años.

Puede haber por ejemplo negociaciones a lo largo de un año, seguidas de otro año de combates renovados, para venir a continuación un periodo de algunos meses de plegarias y oraciones, para repetirse nuevamente el ciclo. Pero ¿qué sucederá entre tanto en Iraq? Depende de los propios iraquíes, pero, en cualquier caso, habrá de permanecer aún una fuerza militar en el interior o el exterior de Iraq no sólo en calidad de árbitro, sino como factor disuasorio de cualquier conducta notoriamente transgresora o delictiva.

W. LAQUEUR, director del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington

Traducción: José María Puig de la Bellacasa